

Pero la religion cristiana ha venido á dar su verdadera medida al amor á la patria. Este sentimiento ha producido grandes crímenes entre los antiguos, pues rayaba en la exageracion. El Cristianismo ha hecho de él un amor principal, no un amor exclusivo, pues antes que todo nos manda ser justos, y quiere que amemos á la familia de Adam, porque es la nuestra, aunque nuestros conciudadanos tengan el primer derecho á nuestro amor. Esta moral era desconocida antes de la mision del Legislador de los cristianos, y es un error el asegurar que intentaba aniquilar las pasiones, pues Dios no destruye su obra. El Evangelio no es la muerte sino la regla del corazon, siendo á nuestros sentimientos lo que á las artes ese buen gusto que suprime lo que en ellas puede adolecer de exageracion, de falso, de comun ó trivial, y les deja lo que tienen de hermoso, de verdadero, de razonable. La religion cristiana bien entendida no es otra cosa que la naturaleza primitiva, lavada de la mancha original.

Cuando nos hallamos lejos de nuestro país es cuando mas que nunca sentimos el poder del instinto que nos arrastra hácia él. A falta de realidades nos esforzamos en crearlos sueños que nos la retraten; el corazon es fecundo en quimeras, pues todo aquel que se ha alimentado al pecho de la mujer ha bebido la copa de las ilusiones. Ora convierte una cabaña en el techo paterno; ora aplica á un bosque, á un valle ó á una colina algunos de los dulces nombres de la patria. Andrómaca apellida *Simois* á un arroyo. ¡Y cuán tierna verdad se encierra en el riachuelo que reproduce un caudaloso rio de la patria! Lejos de las orillas que nos han visto nacer, la naturaleza nos parece raquíca, y la pálida sombra de la que hemos perdido.

Otro ardor del instinto patrio es conceder gran precio á un objeto de escaso valor intrínseco, pero que procede de nuestro país y hemos llevado al destierro. El alma se asocia hasta á las cosas inanimadas que han compartido nuestros destinos: una parte de nuestra vida se identifica con el asilo donde descansó nuestra felicidad, y sobre todo con aquel que prestó sombra á nuestro infortunio.

Para pintar la languidez interior que se experimenta fuera de la patria, el pueblo dice: *Este hombre tiene el mal del país*; verdadera enfermedad que no puede curarse sino regresando al suelo patrio. Pero por pocos años que haya durado la ausencia, ¿qué hallamos en los lugares que nos han visto nacer? ¿Cuántos hombres existen de los que habíamos dejado llenos de vida? Los sepulcros ocupan el lugar de los palacios, y estos el de aquellos; el campo paterno se ve cubierto de malezas ó entregado á un arado extranjero, y derribado yace el árbol que nos alimentara.

Había en la Luisiana una negra y una salvaje, esclavas de dos colonos vecinos. Cada una de estas mujeres tenía un hijo: la negra una niña de dos años, y la india un niño de la misma edad; este murió. Habiendo elegido las dos madres un lugar en el desierto, se reunieron en él durante tres noches consecutivas. Una llevaba su hijo muerto, y la otra su hija viva; la una su *Manitú*, la otra su *Feliche*, y no se admiraban de hallarse bajo la influencia de una misma religion, pues ambas eran desgraciadas. La india hacia los honores de la soledad: «Este es el árbol de mi país, decía á su amiga; ¡sientate y llora!» Luego, segun el uso de los funerales entre los salvajes, suspendian sus hijos de las ramas de un arce ó de un sasafrás, y los columpiaban cantando los aires de su país.

Pero estos juegos maternos, que adormecian á menudo la inocencia, no podían despertar la muerte. Así se consolaban aquellas dos mujeres, una de las cuales habia perdido su hijo y su libertad, y la otra su libertad y su patria: ¡las lágrimas ofrecen consuelos recíprocos!

Dícese que precisado un francés á emigrar durante el Terror, habia comprado con algunas monedas que

le quedaban una barca en el Rin, para guarecerse en ella con su mujer y sus dos hijos. Pero como llegase á faltarle el dinero, llegó á faltarle la hospitalidad; cuando se le expulsaba de una orilla, pasaba sin quejarse á la opuesta; muchas veces, perseguido en ambas márgenes, se veia obligado á anclar en medio del rio, y allí pescaba para proveer al sustento de su familia; pero los hombres le disputaban aun los beneficios de la Providencia. Al llegar la noche, iba á recoger yerbas secas para encender un poco de fuego, dejando á su mujer en mortales agonías hasta que regresaba. Precisada á hacerse salvaje entre cuatro naciones civilizadas, aquella familia, que no tenia en el globo un solo rincón de tierra donde fijar su pié, cifraba todo su consuelo en respirar algunas veces el aire que les llegaba de las frentes de su patria. Si se nos preguntase en qué consiste la fuerza de los vínculos que nos ligan al suelo natal, nos costaría algun trabajo responder. Tal vez es la sonrisa de una madre, de un padre, ó de una hermana; tal vez es el recuerdo del viejo preceptor que nos educó, ó el de los tiernos compañeros de nuestra infancia; tal vez son los desvelos de una nodriza, de un antiguo doméstico, parte tan esencial de la casa (*domus*); son, por último, tal vez las circunstancias más sencillas, y si se quiere, más triviales: un perro que ladraba durante la noche en el campo; un ruisenor que volvía todos los años al jardín; el nido de la golondrina en la ventana; el campanario de la iglesia, que se veía descollar sobre los árboles; el tejo del cementerio; el sepulcro gótico; ¡hé aquí todo! Pero estos pequeños medios demuestran con tanta mayor certidumbre la realidad de una Providencia, cuanto que no podrían ser el origen del amor á la patria y de las grandes virtudes que brotan de este amor, si una voluntad suprema no lo hubiese dispuesto así.

LIBRO SEXTO.

Inmortalidad del alma, probada por la moral y el sentimiento.

CAPITULO I.

Deseo de felicidad en el hombre.

Aun cuando no hubiese mas pruebas de la existencia de Dios que las maravillas de la naturaleza, tan fuertes son estas pruebas que bastarian para convencer á todo aquel que busca la verdad. Empero si los que niegan la Providencia no pueden explicar sin ella los portentos de la Creacion, mayor será la dificultad que experimenten para responder á las objeciones de su propio corazon. Al renunciar al Ser Supremo, se ven precisados á renunciar á otra vida, y no obstante, su alma les agita; preséntase, por decirlo así, á su vista, y les obliga, á despecho de los sofistas, á confesar su existencia y su inmortalidad.

Digáenos sino, si el alma se extingue en el sepulcro, de donde procede ese deseo de felicidad que nos atormenta. Nuestras pasiones pueden tener en la tierra fácil satisfaccion: el amor, la ambicion, la cólera, tienen una segura plenitud de goce; pero la necesidad de felicidad es la única que carece de satisfaccion y de objeto, porque ni aun sabemos qué cosa sea esa felicidad tan suspirada. Es preciso confesar que si todo es *materia*, la naturaleza ha incurrido aquí en un grave error, pues ha creado un sentimiento sin aplicacion alguna.

Ni es dudoso que nuestra alma pide incesantemente, pues no bien ha conseguido el objeto de su deseo, cuando se lanza á nuevas aspiraciones, porque el universo no es bastante á satisfacerla. Lo infinito es el único campo que le conviene; le es grato perderse en

los números, y concebir, así las mayores como las menores dimensiones. Finalmente, henchida, mas no saciada de lo que ha devorado, precipitase en el seno de Dios, centro en que convergen todas las ideas de lo infinito, en perfeccion, en tiempo y en espacio; pero no se abisma en la Divinidad, sino porque la encuentra rodeada de tinieblas, *Deus absconditus*; si la viese con toda claridad, la despreciaría como á cualquiera de los objetos, cuya medida se halla á su alcance. Y aun pudiera decirse que tendría alguna razon al proceder así; porque si el alma se explicase bien el principio eterno, sería superior á este principio, ó por lo menos igual á él. No acontece en el órden de las cosas divinas lo que en el de las humanas, puesto que un hombre puede comprender un rey sin ser rey; pero el que comprendiese á Dios, sería Dios.

Los animales no sienten el estímulo de esa esperanza que anida en el corazon humano, porque colman al punto su felicidad, siendo así que un puñado de yerba satisface al cordero, y un poco de sangre al tigre. Si se sostuviese, con algunos filósofos, que la diversa estructura de los órganos constituye la única diferencia entre nosotros y el bruto, pudiera á lo mas admitirse este raciocinio con relacion á los actos meramente materiales; pero, ¿de qué sirve la mano al pensamiento, cuando en la calma de la noche se lanza á los espacios, para hallar á través de ellos al Hacedor de tantos mundos? ¿Por qué no hace lo mismo el buey? Sus ojos le bastan; y aun cuando tuviese los piés ó los brazos del hombre, seríanle harto inútiles para el caso. Puede acostarse sobre el césped, levantar al cielo su cabeza, y llamar con sus mugidos al Ser desconocido que llena esa inmensidad. No sucede así: prefiriendo la yerba que pisa, nada pregunta á esos soles, evidente demostracion de la existencia de Dios. Insensible al espectáculo de la naturaleza, no sospecha, bajo el árbol á cuya sombra descansa, que él es tambien una pequeña prueba de la inteligencia divina.

La única criatura que se exterioriza y no se basta por completo á sí mismo, es el hombre. Dicese que el pueblo no experimenta semejante inquietud: ciertamente es menos desgraciado que nosotros, pues se distrae de sus deseos con sus trabajos, y apaga en sus sudores su sed de felicidad. Pero cuando le vemos afanarse los seis días de la semana para gozar algunos placeres el séptimo; cuando, esperando siempre el descanso y no encontrándolo nunca, llega á la muerte sin cesar de desear, ¿podrá decirse que no participa de la segunda aspiracion de todos los hombres hácia un bienestar desconocido? Y si se replica que este deseo está por lo menos limitado para él á las cosas de la tierra, diremos que esta aseveracion es muy inexacta: sino, al hombre mas pobre los tesoros del mundo; suspended sus trabajos, satisfacéd sus necesidades, y antes de algunos meses será tambien juguete del tedio y de la esperanza.

Por otra parte, ¿es cierto que el pueblo, aun en su actual estado de miseria, no conoce ese deseo de felicidad que se prolonga mas allá de la vida? ¿De dónde procede ese instinto melancólico que se advierte en el hombre campestre? Muchas veces en el domingo y otros días feriados, cuando toda la aldea habia ido á orar al Segador que separa el buen grano de la cizaña, hemos visto á algun paisano solo en la puerta de su cabaña, prestando oído al son de la campana: su ademan era pensativo, y no le distraian las avecillas de la era vecina, ni los insectos que en su derredor zumbaban. Aquella noble figura del hombre, colocada como la estatua de un dios en el dintel de una cabaña; aquella frente sublime aunque abrumada de cuidados; aquella espalda sombreada por una negra cabellera, y que parecia alzarse como para sostener el cielo, aunque encorvada bajo el peso de la vida; todo aquel ser tan magestuoso aunque miserable, ¿no pensaba en

cosa alguna, ó se ocupaba tan solo en las del mundo? No era esta, por cierto, la expresion de sus labios entreabiertos, ni la de aquel cuerpo inmóvil, ni la de aquella mirada fija en el suelo: el recuerdo de Dios pasaba por su alma en el sonido de la campana religiosa.

Si es imposible negar que el hombre espera hasta bajar al sepulcro; si es cierto que los bienes terrenos, lejos de saciar nuestros deseos, contribuyen únicamente á dilatar el vacío del alma, debemos concluir que hay algo mas allá del tiempo. Oigamos á San Agustín: *Vincula hujus mundi asperitatem habent veram, jucunditatem falsam, certum dolorem, incertam voluptatem, durum laborem, timidam quietem, rem plenam miseriae, spem beatitudinis inanem.* «Los lazos de este mundo tienen una verdadera aspereza y una falsa dulzura, dolores ciertos, placeres inciertos; trabajos rudos, un descanso inquieto, cosas llenas de miseria y esperanzas vacías de felicidad.» Lejos de lamentar que el deseo de esta haya sido colocado en el mundo actual, y su satisfaccion en el mundo ulterior, admiremos en esto la bondad de Dios. Puesto que es indispensable salir de esta vida mas tarde ó mas temprano, la Providencia ha colocado mas allá de la meta un aliciente que nos atraiga, para disminuir el horror al sepulcro: cuando una madre quiere hacer salvar un obstáculo á su hijo, le alarga al lado opuesto un objeto agradable, para inducirle á pasar.

CAPITULO II.

De los remordimientos y de la conciencia.

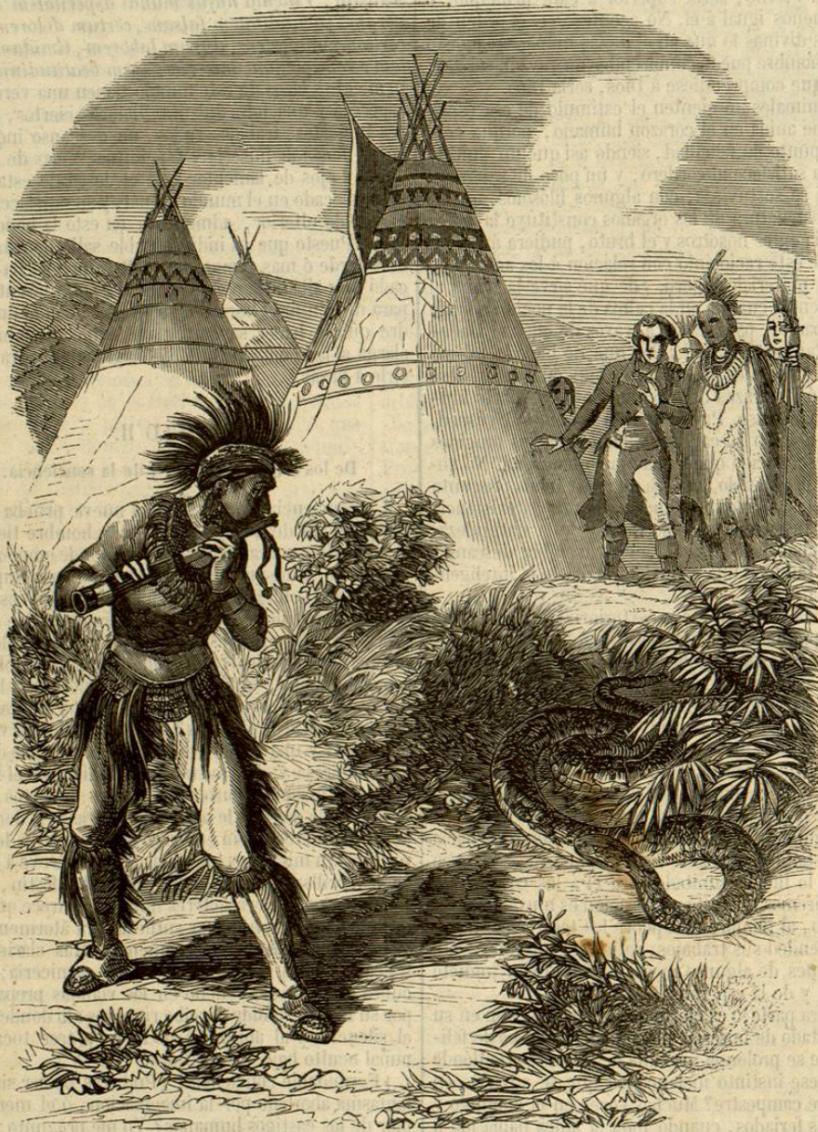
LA conciencia suministra una nueva prueba de la inmortalidad de nuestra alma. Cada hombre tiene en el fondo de su corazon un tribunal donde empieza por juzgarse á sí mismo, esperando que el Juez Supremo confirme la sentencia. Si el vicio no es otra cosa que un resultado físico de nuestra organizacion, ¿de dónde proceden esas zozobras que nublan los días de una prosperidad criminal? ¿Por qué son tan terribles los remordimientos, que se prefiere someterse á la pobreza y á todos los rigores de la virtud, antes que allegar ilegítimas riquezas? ¿Por qué hay una voz en la sangre, y una palabra en la piedra? El tigre despedaza su presa y, duerme tranquilo, mientras el homicida vela insomne; busca los lugares desiertos, y no obstante, la soledad le aterra; arrástrase en derredor de los sepulcros, y sin embargo, los sepulcros le horrorizan. Su mirada es inquieta, y no se atreve á fijarla en las brillantes paredes del salon del festin, pues teme leer en ellas caracteres funestos. Parece que sus sentidos adquieren mayor sutileza para atormentarle: ve en medio de la noche amenazadoras claridades; rodéale á todas horas el hedor de la carnicería; descubre el gusto del veneno en las viandas preparadas por su mano; su oído percibe rumores allí donde reina el silencio; y al abrazar á su amigo, cree tocar un puñal oculto bajo sus vestidos.

¡Formidable conciencia! ¿Pudieras no ser sino un fantasma abortado por la imaginacion, ó el mero temor de los castigos humanos? Yo me pregunto: Si te fuese posible, en virtud de un solo deseo, dar muerte á un hombre en la China y heredar su fortuna en Europa, con la conviccion sobrenatural de que nunca se averiguaría la verdad, ¿transigirías con tal deseo? En vano me exagero mi indigencia; en vano pretendo atenuar este homicidio, suponiendo que merced á mi deseo, el chino morirá repentinamente sin dolor alguno, que no tiene herederos, y hasta que á su muerte el Estado perderá sus bienes; en vano supongo á ese hombre abrumado de enfermedades y amarguras; en vano me digo que la muerte es un bien para él, que la llama, y que solo le resta un momento de

vida; á pesar de todos mis ingeniosos subterfugios, oigo en mi interior una voz que clama con tal fuerza contra la sola idea de semejante suposición, que no puedo dudar ni por un instante de la realidad de la conciencia.

Es, por consiguiente, una necesidad harto triste haber de negar los remordimientos para negar la in-

mortalidad del alma y la existencia de un Dios vengador. Pero no ignoramos que el ateísmo, envuelto en sus propias redes, ha recurrido á tan vergonzosa negativa. El sofista exclamaba, en los tormentos que le causaba la gota: «¡Oh dolor! nunca confesaré que eres un mal!» Mas aun cuando sea cierto que hay hombres bastante desgraciados para ahogar el grito



EL CANADIENSE Y LA SERPIENTE.

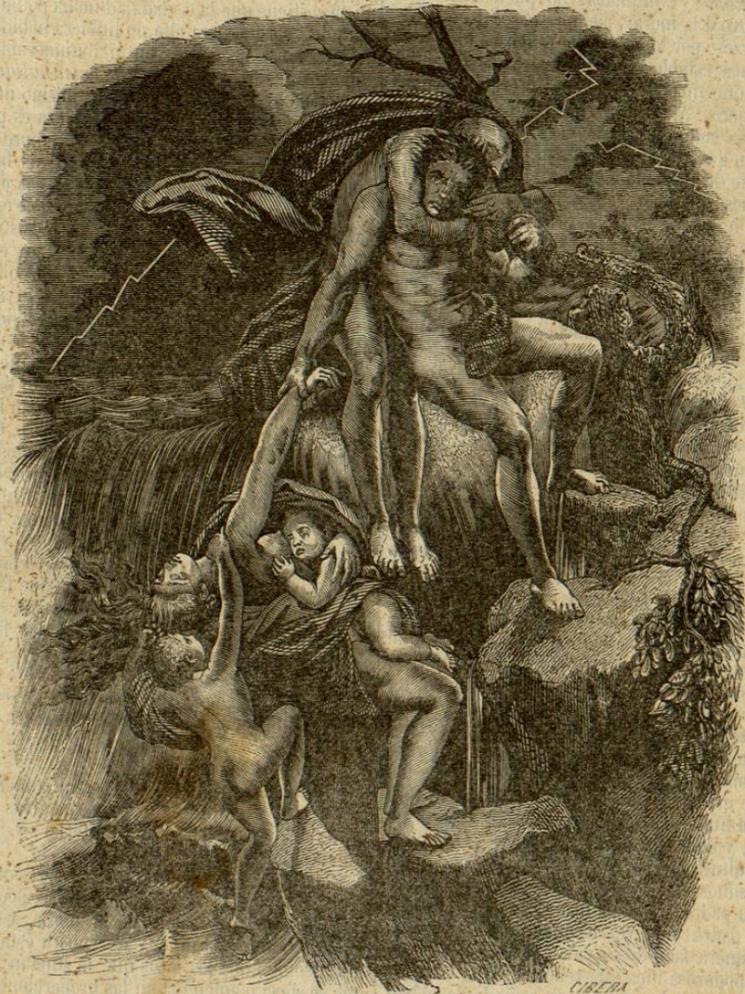
del remordimiento, ¿cuál será el resultado? No juzguemos al que tiene espedito el uso de sus miembros por el parálitico á quien son inútiles los suyos; el crimen en su último grado es un veneno que cauteriza la conciencia, pues al destruir la Religión se ha destruido el único medicamento que podía devolver la sensibilidad á las partes gangrenadas del corazón. La

admirable religión de Jesucristo es una especie de suplemento á lo que falta á los hombres. Si se delinque por exceso, por demasiada prosperidad, ó por violencia de carácter, acude á advertirnos de la inconstancia de la fortuna y del peligro de esos arrebatos en que la razón enmudece. Si se peca por defecto, por carencia de bienes, ó por indiferentismo, nos enseña á menos-

preciar las riquezas, al mismo tiempo que nos vivifica y nos reviste, digámoslo así, de pasiones. Su caridad es inagotable especialmente para con el criminal: no hay un hombre tan manchado, que no admita al arrepentimiento, ni leproso tan repugnante á quien no toque con sus inmaculadas manos. Para lo pasado pide el remordimiento; para el porvenir la virtud. *Ubi autem abundavit delictum, dice, superabundavit gratia.* «La gracia ha superabundado donde abundó el delito.» Dispuesto siempre á advertir al pe-

gador, el Hijo de Dios ha establecido su religión como una segunda conciencia para el culpable que ha tenido la desgracia de perder la natural; conciencia evangélica henchida de piedad y dulzura, y á la cual Jesucristo ha concedido el derecho de hacer gracia, que negó á la primera.

Después de haber hablado del remordimiento que sigue al crimen, superfluo sería pintar la satisfacción que acompaña á la virtud. El contento interior que se experimenta al hacer una buena obra, dista tanto de



DILUVIO UNIVERSAL.

ser una combinación de la materia, como el grito acusador de la conciencia está lejos de ser el temor á las leyes, cuando se perpetra la iniquidad.

Si los sofistas dicen que la virtud es un amor propio disfrazado y la piedad un egoísmo, no les preguntemos si alguna vez han sentido algo en su interior, después de haber socorrido á un desgraciado, ó si es el temor de volver á la niñez el que les mueve á favor de la inocencia del recién nacido. La virtud y las lágrimas son para los hombres el manantial de la esperanza y la base de la fe; ¿cómo, pues, creería en

Dios él que no creyese en la realidad de la virtud, ni en la verdad de las lágrimas?

Creeríamos ofender á nuestros lectores si nos detuviésemos en demostrar hasta qué punto se prueban por esa voz interior llamada conciencia, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. «Hay en el hombre, dice Cicerón, un poder que inclina al bien y desvía del mal, no solo anterior al nacimiento de los pueblos y de las ciudades, sino tan antiguo como ese Dios por quien subsisten y son gobernados cielos y tierra; porque la razón es un atributo esencial de la

inteligencia divina; y esta razón, que reside en Dios, determina necesariamente el vicio y la virtud.

CAPITULO III.

QUE NO HAY MORAL SI NO HAY UNA VIDA ULTERIOR.

Conjetura en favor del alma, deducida del respeto del hombre á los sepulcros.

LA moral es la base de la sociedad; pero si en nosotros todo es materia, no hay realmente vicios ni virtudes, y por consiguiente no hay moral. Nuestras leyes, siempre *relativas* y *mudables*, no pueden servir de punto de apoyo á la moral, siempre *absoluta* é *invariable*; es forzoso por lo tanto que tenga su origen en un mundo mas estable que el nuestro, y garantías mas sólidas que unas recompensas precarias ó unos castigos pasajeros. Algunos filósofos han creído que la Religión habia sido *inventada* para sostenerla, pero no conocieron que tomaban el efecto por la causa. La Religión no se deriva de la moral, sino la moral de la Religión, pues es cierto, como acabamos de decir, que la moral no puede tener su principio en el hombre *físico* ó la *simple materia*; y es igualmente cierto que cuando los hombres pierden la idea de Dios, se precipitan en todos los crímenes, á pesar de las leyes y de los verdugos.

Una religión que intentó levantarse sobre las ruinas del Cristianismo, creyéndose superior al Evangelio, estampó en nuestras iglesias este precepto del Decálogo: *Hijos! honrad á vuestros padres y madres*. Mas, ¿por qué los *teofilántropos* suprimieron la segunda parte del precepto, á fin de que *viváis largos años*? Suprimieronlo porque una miseria oculta les decia que el hombre que nada posee, nada puede dar. ¿Cómo hubiera podido conceder años, quien no tiene la seguridad de vivir dos momentos? ¿Me regalais vida, hubiéraseles contestado, y no advertís que os reduciréis á polvo! Me asegurais como Jehová una larga existencia; pero, ¿disponéis acaso como él de la eternidad para producir nuevos y nuevos días? ¡Imprudentes! ¿Ni siquiera os pertenece la hora en que vivís, propietarios de la muerte! ¿qué os propondríais pues, sacar del fondo de vuestro sepulcro, si exceptuáis la nada, para remunerar mi virtud?

Finalmente hay otra prueba moral de la inmortalidad del alma, sobre la que debemos insistir: el respeto del hombre á los sepulcros. Aquí la vida se fija en la muerte mediante una atracción invencible; aquí la naturaleza humana se muestra superior al resto de la Creación, y declara sus altos destinos. ¿Conoce el bruto la sepultura, y se inquieta al mirar las cenizas de los individuos de su raza? ¿Qué le predicen los huesos de su padre? diremos mas: ¿sabe por ventura quién es su padre, una vez terminadas las necesidades de la primera fase de su vida? ¿De dónde, pues, se deriva la poderosa idea que tenemos de la muerte? ¿Merecería nuestros homenajes un puñado de polvo? No, ciertamente; respetamos las cenizas de nuestros antepasados, porque una voz íntima nos dice que no se ha extinguido en ellos todo su ser. Esta voz secreta es la que consagra los honores fúnebres en todos los pueblos de la tierra, pues todos se hallan igualmente persuadidos de que el sueño no es eterno ni aun en el sepulcro, y que la muerte no es sino una gloriosa transfiguración.

CAPITULO IV.

De algunas objeciones.

SIN detenernos demasiado en las pruebas metafísicas, de que hemos procurado prescindir, respondémosle no obstante á ciertas objeciones eternamente repetidas.

Habiendo dicho Cicerón, de acuerdo con Platon, que no hay un pueblo donde no se haya hallado alguna idea de la Divinidad, este asentimiento universal de las naciones, que los antiguos filósofos miraban como una ley natural, ha sido negado por los modernos incrédulos, quienes han sostenido que ciertos salvajes no tienen el menor conocimiento de Dios.

Los ateos se atormentan en vano para encubrir la debilidad de su causa, puesto que resulta de sus argumentos que su sistema se funda en meras *excepciones*, en tanto que el Deísmo se ajusta á la *regla general*. Si se dice que el género humano cree en Dios, el incrédulo cita primero á estos ó aquellos salvajes, luego á tal ó cual persona, y alguna vez á sí mismo. Si se sostiene que la casualidad no ha podido formar el mundo, porque para ello no hubiera habido sino una eventualidad favorable contra innumerables imposibilidades, se responde que *esta eventualidad existía*; y en todo lo demás se advierte el mismo modo de raciocinar. De esta manera, la naturaleza es para el ateo un libro en que la verdad se halla siempre en las notas, nunca en el texto; un idioma cuyos barbarismos constituyen exclusivamente la índole y la esencia.

Mas cuando se desciende al examen de esas pretendidas excepciones, se descubre que consisten en causas locales, y aun que entran en la ley establecida. En el caso presente, por ejemplo, es falso haya salvajes que no tengan noción alguna de la Divinidad. Los viajeros que aseguraron este hecho, han sido desmentidos por otros mejor informados. Entre los incrédulos *de los bosques* se citó á las hordas canadienses; pues bien, nosotros hemos visto á esos sofistas de la *choza*, que debían haber aprendido en el libro de la naturaleza, como nuestros filósofos en los suyos, que no hay Dios ni porvenir para el hombre; aquellos indios son unos bárbaros que ven el alma de un niño en una paloma ó en un ramillete de sensitivas. Entre ellos las madres tienen la insensatez de derramar la leche de sus pechos sobre la tumba de sus hijos, y les dan en ella la misma actitud que tenia en el lecho maternal; su objeto es enseñar por este medio que la muerte es una segunda madre que nos da una nueva vida. El ateísmo no sacará el menor partido en favor de sus doctrinas, de unos pueblos que deben á la Providencia su albergue, sus vestidos y su alimento; por todo lo cual le aconsejamos que desconfie de esos infieles aliados que reciben en secreto presentes de su enemigo.

Otra objeción.

«Toda vez que el espíritu crece y mengua con la edad; toda vez que sigue las respectivas fases de la materia, es de naturaleza material, y por consiguiente divisible y perecedero.»

O el espíritu y el cuerpo son dos seres diferentes, ó no son sino uno. Si son *dos*, preciso será conceder que el espíritu está encerrado en el cuerpo; y en tal caso, mientras dure esta unión, el espíritu estará en cierto modo sometido á los lazos que le sujetan, y parecerá que se eleva ó amengua en las proporciones en que lo verifique la materia.

Esta objeción se desvanece en la hipótesis en que el espíritu y el cuerpo sean considerados como *dos sustancias distintas*.

En la suposición de que no son sino un *único todo*, que participa de la misma vida y de la misma muerte, el materialista *se verá obligado á probar su aserto*. Pero está demostrado há mucho tiempo que el espíritu es esencialmente distinto del *movimiento* y de las propiedades de la materia, pues no es *extenso* ni *divisible*.

Así pues, la objeción viene á tierra, y todo queda reducido á saber si la materia y el pensamiento son *una y misma cosa*; lo que no puede sostenerse sin incurrir en el absurdo.

Ni se imagine que al emplear la prescripción para

tenso y tristes; empero á través de su soledad distinguiese la mano metódica de las artes, y los vestigios de las pasadas grandezas:

Je ne vois que de tours que la cendre a couvertes,
Un fleuve teint de sang, des campagnes désertes.

Los cuadros de Virgilio, sin ser menos nobles, no se circunscriben á determinadas fases de la vida, sino que representan la naturaleza en su soberbio conjunto: la espesura de los bosques, el aspecto de las montañas y las playas del mar, donde las mujeres desterradas *miraban llorando la inmensidad de las olas*:

..... Cunctæquæ, profundum
Pontum adspectabant flentes.

CAPITULO IX.

EL GUERRERO.

Definición del bello ideal.

Los siglos heroicos son favorables á la poesía, porque presentan esa vejez é incertidumbre de tradición reclamadas por las Musas, naturalmente propensas á la ficción. Todos los días presenciarnos cosas extraordinarias, sin que despertien en nosotros interés alguno, al paso que nos complacemos en oír narrar hechos oscuros, separados de nosotros por el tupido velo de los siglos. Consiste esto en que los mayores acontecimientos terrenos son pequeños en sí mismos; y nuestra alma, que siente esta pequeñez, y tiende incesantemente á la inmensidad, se esfuerza por verlos en cierta vaguedad para aumentar á su placer sus proporciones.

El espíritu de los siglos heroicos es producto de la confusa mezcla de un estado civil, grosero aun, y de un estado religioso en el apogeo de su influencia. La barbarie y el politeísmo fueron la cuna de los héroes de Homero; la barbarie y el Cristianismo crearon los caballeros del Taso.

¿Quiénes, esto es, los *héroes* ó los *caballeros*, merecen la preferencia, ya en moral, ya en poesía? Cuestión es esta que conviene examinar.

Hecha abstracción del genio particular de entrambos poetas, y entablando una mera comparación de hombre á hombre, parecemos que los personajes de la *Jerusalén* son superiores á los de la *Iliada*.

En efecto, ¿qué diferencia no se advierte entre unos caballeros tan ingenuos, tan desinteresados, tan humanos, y unos guerreros pífidos, avaros y crueles, que insultan los cadáveres de sus enemigos, poéticos en fin por sus vicios, como aquellos lo son por sus virtudes!

Si entendemos por heroísmo un esfuerzo contra las pasiones en favor de la virtud, el verdadero héroe es sin duda Godofredo, y no Agamenon. Ahora bien: ¿por qué el Taso, al pintar los caballeros, trazó el modelo del cumplido guerrero, siendo así que Homero, al representar los hombres de los tiempos heroicos, creó una especie de monstruos? Porque el Cristianismo ofreció desde su nacimiento *el bello ideal moral*, ó *el bello ideal de los caracteres*, y porque el politeísmo no pudo dar esta ventaja al cantor de Ilión. Detendremos un poco al lector sobre este asunto, pues se relaciona demasiado con el fondo de nuestra obra para que no procuremos darle toda la posible dilucidación.

Hay dos clases de bello ideal: el bello ideal *moral*, y el bello ideal *físico*; aquel y este son hijos de la sociedad.

El hombre muy próximo á la naturaleza, como el salvaje, no lo conoce, y se limita en sus canciones á trasladar fielmente lo que ve. Como vive en los desiertos, sus pinturas son nobles, sencillas, y no revelan mal gusto; pero son monotonas, y las acciones que expresan no llegan hasta el heroísmo.

El siglo de Homero se alejaba ya de esos primeros tiempos. Atraviase un canadiense con sus flechas á un corzo; desúllelo en los bosques; extiende su víctima sobre las llamas á que entregó una encina: todo será poético en estas costumbres. Pero en la tienda de Aquiles hay *fuentes*, *asadores* y *vasos*; algunos detalles mas, y Homero hubiera caído en la bajeza de las descripciones, ó bien hubiese entrado en la senda del bello ideal, empezando á ocultar alguna cosa.

Así, á medida que la sociedad multiplicó las necesidades de la vida, los poetas aprendieron que no debían poner todo á la vista, como anteriormente habían hecho, sino encubrir ciertas partes del cuadro.

Dado este primer paso, vieron además que era preciso *elegir*; y que además, la cosa elegida se prestaba á una forma mas hermosa, ó á un efecto mayor, colocada en tal ó en cual posición.

Los poetas encontraron progresivamente, siempre *ocultando* y *eligiendo*, *suprimiendo* ó *añadiendo*, formas que, si no eran ya naturales, eran mas perfectas que la naturaleza: los artistas denominaron estas formas *el bello ideal*. Este puede, por lo tanto, definirse así: *el arte de elegir y de ocultar*.

Esta definición se aplica indistintamente al bello ideal moral y al físico. Este consiste en ocultar oportunamente la parte innoble de los objetos; el otro, en suprimir ciertas debilidades del alma, pues ésta tiene como el cuerpo necesidades vergonzosas y deplorables bajezas.

No debemos dejar de advertir que solo el hombre puede ser representado mas perfecto de lo que es de suyo, y como cercano á la Divinidad. A nadie le ocurre pintar el bello ideal de un caballo, de un águila ó de un león; esto es una prueba maravillosa de la grandeza de nuestros fines y de la inmortalidad de nuestra alma.

La sociedad en que la moral llegó mas pronto á su desarrollo, debió llegar mas pronto al bello ideal moral, ó lo que es lo mismo, al bello ideal de los caracteres; y ved aquí lo que imprime una fisonomía peculiar á las sociedades formadas en la religión cristiana. Es extraño, y no obstante rigurosamente cierto, que mientras nuestros padres eran bárbaros en todo lo demás, la moral se habia elevado, merced al Evangelio, á su mas alto punto de perfección; de modo que se vieron hombres salvajes, si así puede decirse, por el cuerpo, y civilizados por el alma.

Esto es lo que constituye la hermosura de los tiempos caballerescos, y lo que les da la superioridad, así sobre los tiempos heroicos, como sobre nuestros siglos.

Si se trata de pintar las primeras edades de la Grecia, en la misma proporción en que la sencillez de las costumbres nos ofrezca cosas agradables, nos disgustará la barbarie de los caracteres, pues el politeísmo nada ofrecía para cambiar la naturaleza salvaje y la insuficiencia de las virtudes primitivas.

Si al contrario, cantamos las edades modernas, nos será preciso desterrar la verdad, y lanzarnos á la vez á las regiones del bello ideal *moral* y del bello ideal *físico*, porque si nos alejamos demasiado de la naturaleza y de la Religión bajo todos aspectos, no podremos representar fielmente el interior del hogar doméstico, y menos aun el fondo de nuestros corazones.

Solo la Caballería presenta la hermosa mezcla de la verdad y la ficción, porque por una parte, se puede ofrecer el cuadro de las costumbres en toda su sencillez: un añoso castillo, un ancho hogar, los torneos, las justas, la caza, el sonido de la bocina y el estruendo de las armas, nada presentan que repugne al gusto, nada que se deba *elegir* ó *ocultar*; y por otra, el poeta cristiano, mas dichoso que Homero, no se ve precisado á manchar sus pinturas, dando cabida en ellas al hombre bárbaro ó al hombre *natural*, pues

el Cristianismo le proporciona el tipo del perfecto héroe.

Así pues, si el Taso se mantiene en la naturaleza relativamente á los objetos físicos, se muestra superior á ella con relación á los objetos morales.

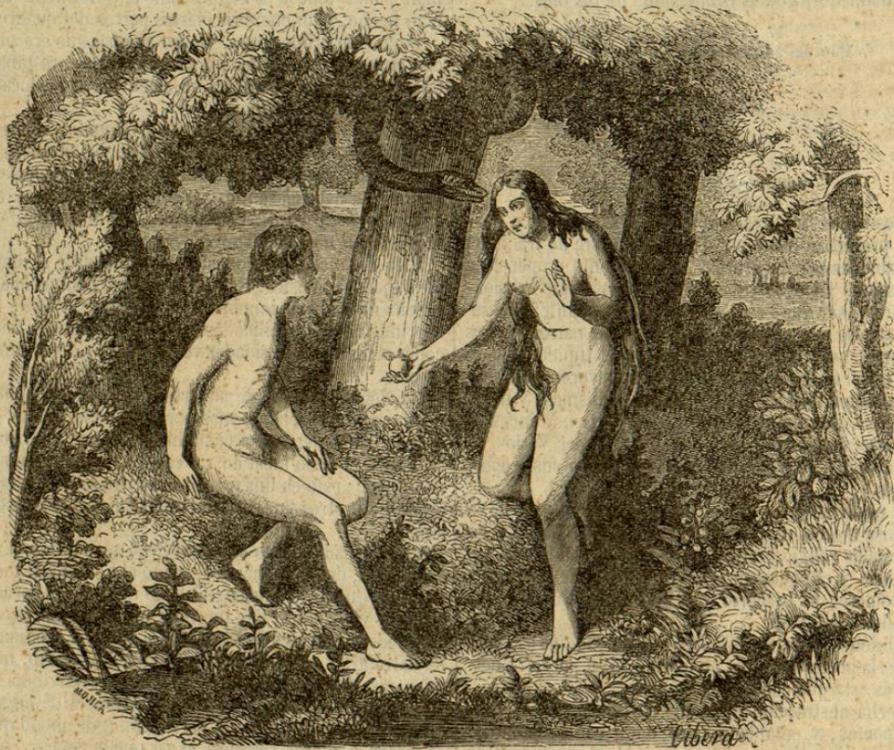
En resumen: lo *verdadero* y lo *ideal* son los dos manantiales del interés poético, es decir, de lo *tierno* y de lo *maravilloso*.

CAPITULO XII.

Continuacion del guerrero.

CÚPLENOS ahora demostrar que esas virtudes del caballero, que elevan su carácter hasta el bello ideal, son virtudes verdaderamente cristianas.

Si solo fuesen meras virtudes morales, inventadas



ADAN Y EVA.

por el poeta, carecerían de movimiento y de acción, como puede advertirse en Eneas, de quien hizo Virgilio un héroe filósofo.

Las virtudes puramente morales son frías por su esencia, pues nada añaden al alma, si bien suprimen algo á la naturaleza; son la ausencia del vicio, más no la presencia de la virtud.

Las virtudes religiosas tienen las alas de la pasión. No se limitan á abstenerse del mal, sino que aspiran á practicar el bien; están dotadas de la enérgica actividad del amor, respiran en una región más alta y algún tanto exagerada. Tales eran las virtudes de los caballeros.

La fe ó la fidelidad, su principal virtud, es igualmente la primera virtud del Cristianismo.

El caballero nunca menta. — Hé aquí al cristiano.

El caballero era pobre, y el más desinteresado de los hombres. Hé aquí al discípulo del Evangelio.

El caballero recorría el mundo socorriendo á la viuda y al huérfano. Hé aquí la caridad de Jesucristo.

El caballero era tierno y delicado. ¿Quién le había inspirado aquella dulzura, sino una religión humanitaria, que mira siempre con respeto la debilidad? ¿Con cuánta benevolencia no habla el mismo Jesucristo á las mujeres, en el Evangelio!

Agamenon declara brutalmente que ama tanto á Briseida como á su esposa, porque la iguala en mérito.

Nunca se produce así un caballero.

Por último, el Cristianismo ha dado origen al honor ó al valor de los héroes modernos, tan superior al de los héroes antiguos.

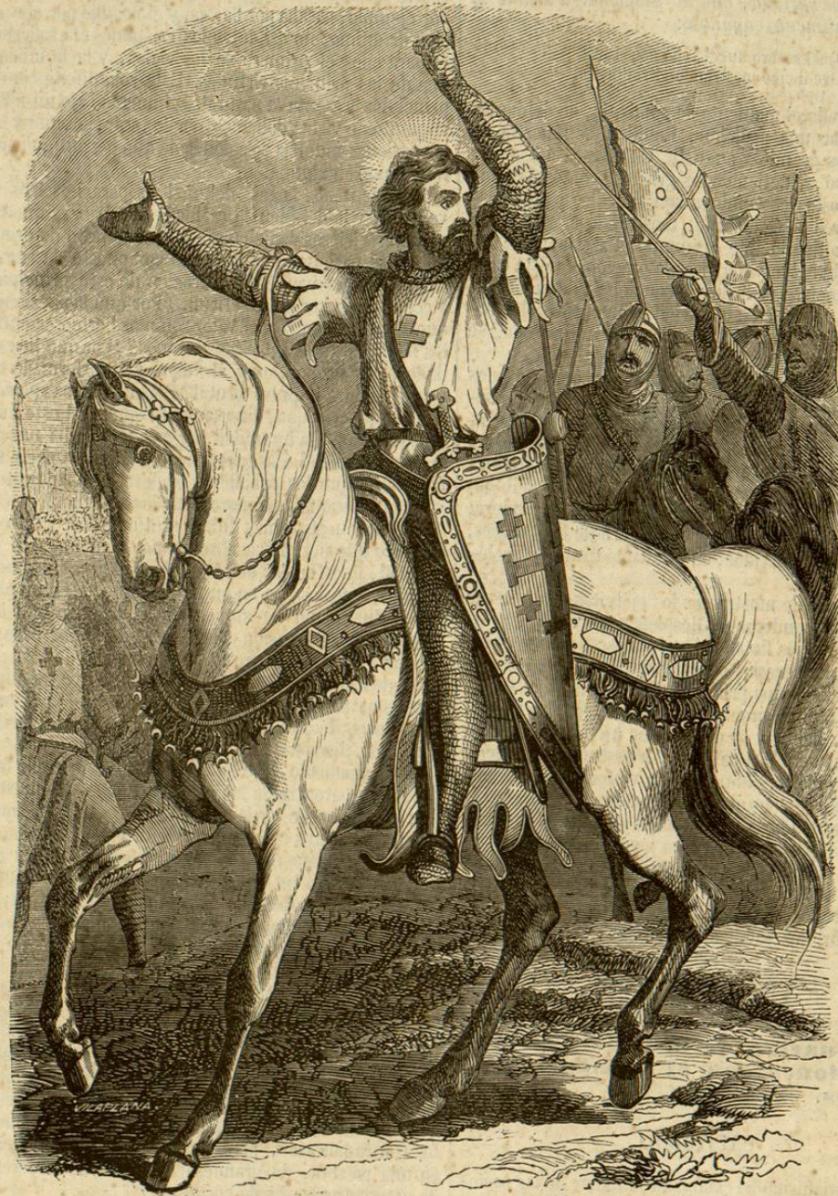
La verdadera religión nos enseña que no se debe medir al hombre por la fuerza corporal, sino por la grandeza del alma. De aquí procedía que el más débil de los caballeros nunca temblaba delante de un enemigo; y aunque tuviese la certidumbre de su muerte, ni aun le asaltaba la idea de la fuga.

Este valor de alta índole ha llegado á ser tan común, que el más oscuro de nuestros modernos guerreros, es más valiente que los Ajax, que huían al aspecto de Héctor, que á su vez huía á la vista de Aquiles. Por lo que respecta á la clemencia del caballero cristiano para con los vencidos, ¿quién puede negar que emana del Cristianismo?

Los poetas modernos han tomado multitud de nuevos rasgos del carácter caballeresco. En la *tragedia*, basta nombrar á Bayardo, Tancredo, Nemours y Coucy; Nerestan lleva el rescate de sus hermanos de armas, y se entrega prisionero porque no puede pre-

sentar la cantidad que necesita para su propio rescate. ¡Hermosas costumbres cristianas! Y no se replique que esto es una mera ficción poética, pues hay numerosos ejemplos de cristianos que se entregaron á los infieles, ora para libertar á otros cristianos, ora porque no podían satisfacer la suma que al efecto habían prometido.

Nadie ignora cuán favorable es á la epopeya el carácter caballeresco. ¡Cuán amables son todos esos caballeros de la *Jerusalén*, ese Reinaldo tan brillante, ese Tancredo tan generoso, ese anciano Raimundo de Tolosa, siempre derribado, y en pie siempre! El lector se juzga entre ellos bajo las murallas de Solima, y cree oír al joven Bouillon exclamar, refiriéndose á



GODOFREDO DE BULLON.

Armida: «¿Qué se dirá en la corte de Francia, cuando se sepa que hemos negado nuestro brazo á la belleza?» Para apreciar debidamente la diferencia que existe entre los héroes de Homero y los del Taso, basta dirigir una mirada al campamento de Godofredo y á las murallas de Sion. A un lado están los *caballeros*,

al otro los *héroes antiguos*. El mismo Soliman no brilla tanto sino porque el poeta le adornó con algunos de los rasgos de la generosidad del caballero; así pues, el principal héroe infiel recibe del Cristianismo la magestad con que se ostenta.

Pero la obra maestra del carácter heroico debe ad-